

La forma de las ruinas

ALFAGUARA



Juan Gabriel Vásquez

La forma de las ruinas

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Primera edición: enero de 2016

© 2015, Juan Gabriel Vásquez

c/o Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S. L.

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Steve Schapiro, por la fotografía de cubierta

© Fotografía página 45: «Cadáver de Gaitán en la clínica Central»: Archivo fotográfico de Sady González (Bogotá 1938-1949). Biblioteca Luis Ángel Arango.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1949-7

Depósito legal: B-25810-2015

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

AL 19497

*A Leonardo Garavito, que me puso las ruinas
en las manos*

*A María Lynch y a Pilar Reyes, que me mostraron
cómo darles forma*

Eres las ruinas del hombre más noble...

SHAKESPEARE, *Julio César*

I. El hombre que hablaba de fechas infaustas

La última vez que lo vi, Carlos Carballo estaba subiéndose laboriosamente a una furgoneta policial, las manos esposadas detrás de la espalda y la cabeza hundida entre los hombros, mientras una leyenda en lo bajo de la pantalla informaba de las razones de su arresto: haber intentado robar el traje de paño de un político asesinado. Fue una imagen fugaz, capturada por casualidad en uno de los noticieros de la noche, después del acoso vocinglero de las propagandas y poco antes de las noticias deportivas, y recuerdo haber pensado que miles de televidentes compartían conmigo ese momento, pero que sólo yo hubiera podido decir sin mentira que no estaba sorprendido. El lugar era la antigua casa de Jorge Eliécer Gaitán, ahora convertida en museo, adonde llegan cada año ejércitos de visitantes para entrar en contacto breve y vicario con el crimen político más célebre de la historia colombiana. El traje de paño era el que Gaitán llevaba el 9 de abril de 1948, el día en que Juan Roa Sierra, un joven de vagas simpatías nazis, que había coqueteado con sectas rosacruces y solía conversar con la Virgen María, lo esperó a la salida de su oficina y le disparó cuatro tiros a pocos pasos de distancia, en medio de la calle concurrida y a plena luz del mediodía bogotano. Las balas dejaron orificios en el saco y en el chaleco, y la gente que lo sabe visita el museo sólo para ver esos oscuros círculos de vacío. Carlos Carballo, hubiera podido pensarse, era uno de aquellos visitantes.

Esto ocurría el segundo miércoles de abril del año 2014. Al parecer, Carballo había llegado al museo a eso de las once de la mañana, y durante varias horas se le vio dan-

do vueltas por la casa como un feligrés en trance, o de pie con la cabeza ladeada frente a los libros de Derecho Penal, o viendo el documental cuyos fotogramas de tranvías en llamas y gente iracunda con el machete en alto se presentan y se vuelven a presentar a lo largo del día. Esperó la partida de los últimos estudiantes de uniforme para subir al segundo piso, donde una vitrina guarda a la vista de todos el traje que llevaba Gaitán el día de su asesinato, y entonces comenzó a reventar el vidrio grueso a golpes de manopla. Alcanzó a poner la mano sobre el hombro del saco azul medianoche, pero no tuvo tiempo de nada más: el vigilante del segundo piso, alertado por el estallido, le apuntaba con su pistola. Carballo se dio cuenta entonces de que se había cortado con los vidrios rotos de la vitrina, y comenzó a lamerse los nudillos como un perro de la calle. Pero no parecía demasiado preocupado. En televisión, una jovencita de camisa blanca y falda escocesa lo resumió así:

«Era como si lo hubieran agarrado pintando en la pared».

Todos los periódicos de la mañana siguiente hicieron referencia al robo frustrado. Todos se sorprendieron, con su hipócrita sorpresa, de que el mito de Gaitán siguiera despertando estas pasiones sesenta y seis años después de los hechos, y algunos compararon por enésima vez el asesinato de Gaitán con el de Kennedy, del cual se había cumplido medio siglo el año anterior sin que su poder de fascinación hubiera disminuido en lo más mínimo. Todos recordaron, por si hiciera falta, las consecuencias imprevisibles del asesinato: la ciudad incendiada por las protestas populares, los francotiradores apostados en las azoteas que disparaban sin orden ni criterio, el país en guerra de los años siguientes. La misma información se repetía por todas partes, con más o menos matices y más o menos melodrama y acompañada de más o menos imágenes, incluidas aquellas en que la turba furiosa, que acaba de linchar al

asesino, arrastra su cuerpo semidesnudo por la calzada de la carrera séptima, en dirección al Palacio Presidencial; pero en ningún medio pude encontrar una especulación, por gratuita que fuera, sobre las verdaderas razones por las que un hombre que no está loco decide irrumpir en una casa protegida y llevarse por la fuerza la ropa agujereada de un muerto célebre. Nadie se hizo esa pregunta, y nuestra memoria mediática fue olvidando poco a poco a Carlos Carballo. Ahogados por las violencias de todos los días, que no dan tiempo ni para sentir desánimo, los colombianos dejaron que aquel hombre inofensivo se fuera diluyendo como una sombra en la tarde. Nadie volvió a pensar en él.

Es su historia, en parte, lo que quiero contar. No puedo decir que lo haya conocido, pero tuve con él un grado de intimidad que sólo consiguen quienes han tratado de engañarse. Sin embargo, para emprender este relato (que preveo a la vez prolijo e insuficiente) debo hablar primero del hombre que nos presentó, pues lo que me ocurrió después sólo tiene sentido si refiero las circunstancias en que llegó a mi vida Francisco Benavides. Ayer, caminando por los lugares del centro bogotano donde ocurrieron algunos de los hechos que voy a explorar en este informe, tratando de confirmar una vez más que nada se me ha escapado en su dolorosa reconstrucción, me descubrí preguntándome en voz alta cómo he llegado a saber estas cosas sin las cuales tal vez estaría mejor: cómo he llegado a pasar tanto tiempo pensando en estos muertos, viviendo con ellos, hablando con ellos, escuchando sus lamentos y lamentándome, a mi turno, de no poder hacer nada para aliviar su sufrimiento. Y me maravilló que todo hubiera comenzado con ciertas palabras ligeras, las que ligeramente pronunció el doctor Benavides para invitarme a su casa. En ese instante creí que aceptaba por no hurtarle mi tiempo a quien me había dedicado el suyo en un momento difícil, de manera que la visita sería un mero compro-

miso, una de tantas intrascendencias en que se nos va la vida. No podía saber cuánto me equivocaba, pues lo ocurrido aquella noche puso a andar una maquinaria de espanto que sólo se detendría con este libro: este libro escrito como expiación de crímenes que, aunque no he cometido, he acabado por heredar.

Francisco Benavides era uno de los cirujanos más reputados del país, un buen bebedor de whisky de malta y un lector voraz, aunque se preocupara por subrayar que le interesaba más la historia que las cosas inventadas, y si había llegado a leer una novela mía, con menos gusto que estoicismo, era sólo debido al sentimentalismo que le provocaban sus pacientes. Yo no era, estrictamente hablando, paciente suyo, pero fue un asunto de salud lo que nos puso en contacto por primera vez. Una noche de 1996, pocas semanas después de haberme instalado en París, yo intentaba descifrar un ensayo de Georges Perec cuando noté una presencia extraña debajo del maxilar izquierdo, parecida a una canica por dentro de la piel. La canica se agrandó en los días siguientes, pero la concentración en mi cambio de vida, en desentrañar las reglas de la nueva ciudad y tratar de encontrar mi lugar en ella, me impidió percatarme de la transformación. En cuestión de días, ya tenía un ganglio tan inflamado que me deformaba la cara; la gente de la calle me miraba con lástima, y una compañera de estudios dejó de saludarme por miedo a contagiarse de alguna enfermedad ignota. Empezaron los exámenes; una legión entera de médicos parisinos fue incapaz de realizar un diagnóstico correcto; uno de ellos, de cuyo nombre no quiero acordarme, se atrevió a sugerir la posibilidad de un cáncer linfático. Fue entonces cuando mi familia acudió a Benavides para preguntarle si eso era posible. Benavides no era oncólogo de profesión, pero durante los últimos años se había dedicado a acompañar a

enfermos terminales: una suerte de labor privada que realizaba por su propia cuenta y sin retribución ninguna. De manera que, aunque hubiera sido irresponsable hacer un diagnóstico sobre alguien que estaba del otro lado del océano, y más en aquella época previa a los teléfonos que mandan fotos y a las cámaras integradas a los computadores, Benavides fue generoso con su tiempo, sus conocimientos y sus intuiciones, y su apoyo trasatlántico me resultó casi tan útil como lo hubiera sido un diagnóstico definitivo. «Si usted tuviera lo que están buscando», me dijo una vez por teléfono, «ya lo hubieran encontrado». La enrevesada lógica de la frase fue como un salvavidas que se le tira a quien se ahoga: uno lo agarra sin preguntarse si estará pinchado por dentro.

Al cabo de algunas semanas (que pasé en un tiempo sin tiempo, conviviendo con la posibilidad muy concreta de que se me estuviera acabando la vida a mis veintitrés años, pero tan adormilado por el golpe que ni siquiera podía sentir verdadero miedo o verdadera tristeza), un generalista al que conocí por casualidad en Bélgica, miembro de Médicos Sin Fronteras y recién llegado de los horrores de Afganistán, necesitó una sola mirada para diagnosticarme una forma de tuberculosis ganglionar que había desaparecido de Europa y sólo podía encontrarse (me explicaron sin usar las comillas que ahora usaré yo) en el «tercer mundo». En un hospital de Lieja me internaron, me recluyeron en una sala oscura, me hicieron un examen que hacía arder la sangre, me anestesiaron y me abrieron el lado derecho de la cara, debajo del maxilar, para sacarme un ganglio y ponerlo en cultivo; al cabo de una semana, el laboratorio confirmó lo que había dicho el recién llegado sin necesidad de tantas pruebas tan costosas. Seguí durante nueve meses un tratamiento triple de antibióticos que coloreaban mi orina de un chirriante matiz naranja; el ganglio inflamado se fue reduciendo; una mañana sentí una humedad en la almohada, y me di cuenta de que

algo había estallado. Después de eso, los contornos de mi cara volvieron a la normalidad (salvo por dos cicatrices: una discreta y la otra, producto de la cirugía, más notoria) y pude por fin dejar aquel asunto atrás, aunque en todos estos años no haya logrado olvidarlo por completo, pues all  están las cicatrices para record rme. La sensación de estar en deuda con el doctor Benavides no me abandon  jams. Y lo único que se me ocurrió cuando nos vimos por primera vez, nueve años más tarde, fue que nunca le había dado las gracias como correspondía. Tal vez a eso se debió que aceptara con tanta facilidad su entrada en mi vida.

Nos encontramos por casualidad en la cafetería de la clínica Santa Fe. Mi esposa y yo llevábamos quince días internos, tratando de lidiar como mejor pudiéramos con la emergencia que nos había obligado a extender nuestra estadía en Bogotá. Habíamos aterrizado a comienzos de agosto, el día después de la fiesta de la Independencia, con la intención de pasar las vacaciones del verano europeo en compa a de nuestras familias y regresar a Barcelona a tiempo para la fecha del parto. El embarazo había llegado a la semana veinticuatro en total normalidad, lo cual agradec amos todos los días: sabíamos desde el principio que un embarazo gemelar entraba por definición en la columna llamada de alto riesgo. Pero la normalidad se rompió un domingo, cuando, después de una noche de incomodidades y dolores extraños, visitamos al doctor Ricardo Rueda, el especialista en entuertos reproductivos que nos había acompañado desde el principio. Tras una ecografía cuidadosa, el doctor Rueda nos dio la noticia.

«V yase para la casa y traiga ropa», me dijo. «Su esposa se queda aquí guardada hasta nueva orden».

Nos explicó lo que ocurría con el tono y las maneras de quien anuncia un incendio en una sala de cine: hay que transmitir la gravedad del asunto, pero no tanto como para que la gente se mate en la estampida. Describió en

detalle lo que significaba la insuficiencia cervical, le preguntó a M si había tenido contracciones y terminó comunicándonos la necesidad de operar de urgencia, para retrasar el proceso irreversible en que habíamos entrado sin saberlo. Enseguida dijo —encontrando un fuego, tratando de evitar una estampida— que el parto prematuro era una realidad inevitable; ahora se trataba de ver cuánto tiempo podíamos ganar en medio de una situación tan adversa, y de ese tiempo dependían las posibilidades de supervivencia de mis hijas. En otras palabras: habíamos entrado en una carrera contra el calendario, y sabíamos que los riesgos, si la perdíamos, eran de esos que destruyen vidas. A partir de ahí, cada decisión tuvo por objetivo retrasar el parto. Para cuando comenzó septiembre, M llevaba dos semanas recluida en una habitación del primer piso de la clínica, acostada con prohibición total de moverse y sometida a exámenes diarios que habían puesto a prueba nuestra resistencia, nuestro valor y nuestros nervios.

La rutina de los días se construía alrededor de inyecciones de cortisona para madurar los pulmones de mis hijas nonatas, tomas de sangre tan frecuentes que pronto no le quedaron a mi esposa puntos vírgenes en los antebrazos, ecografías infernales que podían durar hasta dos horas y en las cuales se determinaba la salud de los cerebros, de las columnas vertebrales, de los dos corazones cuyo ritmo acelerado nunca marchaba al unísono. No era menos atareada la rutina de la noche. Las enfermeras entraban en cualquier momento a tomar datos y a hacer preguntas, y la falta de un sueño continuo, además del estado de tensión en que vivíamos, nos volvía irritables. M había comenzado a tener contracciones que no sentía; para reducirlas (nunca supe si en intensidad o en frecuencia) empezó a recibir una droga llamada Adalat, la responsable, según nos explicaban, de que tuviera violentos accesos de calor que me obligaban a abrir de par en par la ventana de la habitación y a dormir bajo el frío inclemente de las ma-

drugadas bogotanas. A veces, ya espantado el sueño por el frío o por las visitas de las enfermeras, me iba a dar una vuelta por la clínica desierta; me sentaba en los sofás de cuero de las salas de espera, si encontraba un lugar iluminado, y leía algunas páginas de *Lolita* en una edición desde cuya cubierta me observaba Jeremy Irons; o me dejaba ir por los corredores penumbrosos, a esas horas en que la clínica apagaba la mitad de las luces de neón, caminando de la habitación a la zona de neonatología y de allí a la sala de espera de las cirugías ambulatorias. En esas caminatas nocturnas por corredores blancos trataba de recordar las últimas explicaciones recibidas de los médicos, y de fijar los riesgos que correrían las niñas si el parto sucediera en ese instante; luego hacía cuentas mentales del peso que las niñas habían ganado en los últimos días y del tiempo que tardarían en ganar el mínimo necesario para la supervivencia, y me desconcertaba que mi bienestar consistiera en ese obstinado conteo de gramos. Trataba, eso sí, de no alejarme demasiado de la habitación, y en todo caso de mantener el teléfono en la mano, no en algún bolsillo, para estar seguro de oír su timbre. Y lo miraba con frecuencia: para confirmar que tenía cobertura, que la señal era buena, que mis hijas no nacerían en mi ausencia por falta de cuatro líneas negras en el pequeño firmamento gris de una pantalla líquida.

Fue durante una de esas excursiones nocturnas cuando reconocí al doctor Benavides, o más bien se hizo él reconocer por mí. Yo revolvía tediosamente mi segundo café con leche, sentado en una de las mesas del fondo de la cafetería siempre abierta, lejos de un grupo de estudiantes que estarían tomándose un descanso en medio del turno de la noche (que en mi ciudad siempre es ajetreado, lleno de pequeñas o grandes violencias); en mi libro, *Lolita* y Humbert Humbert comenzaban su travesía por Estados Unidos, de Motel Funcional en Motel Funcional, llenando parqueaderos con lágrimas y amores ilícitos, poniendo

la geografía en movimiento. El hombre se me acercó, se presentó sin aspavientos y me preguntó dos cosas: primero, si me acordaba de él; luego, en qué había terminado todo lo de mis ganglios. Antes de que yo pudiera contestar, se había sentado con su propia taza de café bien agarrada entre ambas manos, como si alguien fuera a quitársela de repente. No era uno de esos vasos plásticos de campo de refugiados que nos daban a los demás, sino una sólida taza de cerámica pintada de azul oscuro; el logo de una universidad se asomaba desesperadamente tras las palmas pequeñas, tras los dedos entreabiertos.

«¿Y qué hace por aquí a esta hora?», me preguntó.

Le di un resumen apretado: las amenazas de parto prematuro, el número de semanas, los pronósticos. Pero descubrí que no tenía demasiadas ganas de hablar del tema, así que me adelanté a cualquier comentario. «¿Y usted?», le pregunté.

«Visitando a un paciente», me dijo.

«¿Y qué tiene su paciente?»

«Mucho dolor», fue su síntesis brutal. «Vine para ver qué puedo hacer para ayudarlo». Entonces cambió de tema, pero no me pareció que estuviera evitando darme una respuesta: Benavides no era el tipo de persona que rehúye hablar del dolor. «Leí su novela, la de los alemanes», dijo. «Quién me lo iba a decir: el paciente me salió escritor».

«Quién se lo iba a decir».

«Y además escribe cosas para viejos».

«¿Cosas para viejos?»

«Cosas de los años cuarenta. Cosas de la Segunda Guerra. El 9 de abril, todo eso».

Se refería al libro que yo había publicado el año anterior. Su origen se remontaba a 1999, cuando conocí a Ruth de Frank, una mujer alemana y judía que, tras escapar de la debacle europea y llegar a Colombia en 1938, vio cómo el gobierno colombiano, aliado de los Aliados, rompía relaciones diplomáticas con los países del Eje y empe-

zaba a recluir a los ciudadanos enemigos —propagandistas o simpatizantes de los fascismos europeos— en hoteles campestres de lujo convertidos en campos de confinamiento. A lo largo de tres días de interrogatorios, tuve el placer y el privilegio de que esta mujer memoriosa me contara su vida casi entera, y fui anotándola en los cuadrados de papel demasiado pequeños de un bloc de notas: lo único que encontré a mano en el hotel de tierra caliente donde nos conocimos. En el barullo apasionante de la vida de Ruth de Frank, que recorría dos continentes y más de siete décadas, resaltaba una anécdota en particular: el momento en que su familia de judíos escapados, tras una de esas crueles ironías de la historia, había acabado perseguida también en Colombia, *por el hecho de ser alemana*. Ese malentendido (pero *malentendido* es una palabra desafortunada y frívola) se convirtió en el primer pálpito de una novela que titulé *Los informantes*; y la vida y recuerdos de Ruth de Frank se convirtieron, distorsionados como siempre distorsiona la ficción, en los de un personaje fundamental de la novela, una suerte de brújula moral del mundo ficticio: Sara Guterman.

Pero la novela hablaba de muchas otras cosas. Puesto que su centro estaba en los años cuarenta, era inevitable que en algún momento la historia o sus personajes se encontraran con los acontecimientos del 9 de abril de 1948. Los personajes de *Los informantes* hablaban de aquel día nefasto; el padre del narrador, profesor de Oratoria, no podía recordar sin admiración los discursos sobrenaturales de Gaitán; en un par de páginas breves, el narrador iba al centro bogotano y visitaba el lugar del crimen, como he hecho yo muchas veces, y Sara Guterman, que lo acompañaba ese día, se agachaba en un momento para tocar los rieles del tranvía que todavía recorría la carrera séptima en los años cuarenta. En el silencio blanco de la cafetería nocturna, cada uno frente a su taza de café, el doctor me confesó que había sido esa escena —una mujer de edad bajan-

do a la calzada frente al lugar donde Gaitán cayó abaleado y tocando los rieles del tranvía extinto como si le tomara el pulso a un animal herido— la que lo llevó a buscarme. «Es que yo también he hecho eso», me dijo.

«¿Qué cosa?»

«Ir al centro. Pararme frente a las placas. Hasta agacharme para tocar los rieles». Hizo una pausa. Luego: «¿A usted de dónde le viene la vaina?»

«No sé», le dije. «De toda la vida. Uno de mis primeros cuentos fue sobre el 9 de abril. No se publicó nunca, por fortuna. Sólo me acuerdo de que caía nieve al final».

«¿En Bogotá?»

«En Bogotá, sí. Sobre el cuerpo de Gaitán. Sobre los rieles».

«Ya veo», dijo. «Con razón no me gusta leer cosas inventadas».

Así fue como comenzamos a hablar del 9 de abril. Me llamó la atención que Benavides no se refiriera al Bogotazo, el mote grandilocuente que los colombianos le pusimos hace mucho tiempo a aquel día legendario. No: Benavides daba siempre la fecha, y a veces completa con su año, como si se tratara del nombre y apellido de alguien que merece respeto, o como si utilizar el mote fuera un comportamiento de intolerable familiaridad: después de todo, uno no se permitía confiancitas con los hechos venerables de nuestro pasado. Comenzó a contarme anécdotas, y yo traté de no ser menos. Él me habló de los investigadores de Scotland Yard que el gobierno contrató en 1948 para supervisar las investigaciones, y de la breve correspondencia que mantuvo muchos años después con uno de ellos: un tipo muy cortés que recordaba con indignación fresca los días remotos de su visita a Colombia, cuando el gobierno les pedía resultados diarios a los investigadores y al mismo tiempo parecía ponerles todos los obstáculos del mundo. Yo, por mi parte, le hablé de mi conversación con